DÍA 20

EJEMPLOS DE COMUNIÓN

Enoc

Enoc continuó creciendo más celestial mientras tenía comunión con Dios. Su rostro estaba radiante con una luz santa que permanecería sobre su semblante mientras instruía a aquellos que escucharían sus palabras de sabiduría. Su apariencia celestial y digna impresionaba al pueblo con asombro.

En medio de una vida de labor activa, Enoc mantuvo firmemente su comunión con Dios. Cuanto mayores y más apremiantes eran sus labores, más constante y ferviente era su oraciones. Continuaba excluyéndose a sí mismo, en ciertos períodos, de toda sociedad. Después de permanecer por un tiempo entre el pueblo, laborando para beneficiarlos mediante la instrucción y el ejemplo, se retiraba para pasar una temporada en soledad, hambriento y sediento de ese conocimiento divino que solo Dios puede impartir. Comulgando así con Dios, Enoc llegó más y más a reflejar la imagen divina. Su rostro estaba radiante con una luz santa, incluso la luz que resplandece en el rostro de Jesús. Cuando salía de estas comuniones divinas, incluso los impíos contemplaban con asombro la impronta del cielo en su semblante.

Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. [MAT. 5:8.] Durante trescientos años Enoc había estado buscando la pureza de corazón, para poder estar en armonía con el cielo. Durante tres siglos había caminado con Dios. Día tras día había anhelado una unión más estrecha; más y más cercana había crecido la comunión, hasta que Dios lo tomó para Sí. Había estado en el umbral del mundo eterno, solo un paso entre él y la tierra de los bienaventurados; y ahora los portales se abrieron, la caminata con Dios, tan largamente seguida en la tierra, continuó, y él pasó por las puertas de la santa ciudad,--el primero de entre los hombres en entrar allí. . . . A tal comunión Dios nos está llamando. Como fue la de Enoc, así debe ser la santidad de carácter de quienes serán redimidos de entre los hombres en la segunda venida del Señor.

3 Dones Espirituales 57, Patriarcas y Profetas 86-87, Obreros Evangélicos 53-54